

Haruki Murakami

LA BIBLIOTECA  
SECRETA



Ilustraciones: **Kat Menschik**

Traducción: Lourdes Porta

LIBROS DEL  ZORRO ROJO

# LA BIBLIOTECA SECRETA



# 1

La biblioteca estaba mucho más silenciosa que de costumbre.

Yo llevaba, aquel día, unos zapatos de piel nuevos que, al pisar el linóleo de color gris, dejaban escapar unos crujidos duros y secos. No sé por qué, pero no parecía que aquellos pasos fuesen míos. Cuando te pones unos zapatos de piel nuevos, tardas un tiempo en familiarizarte con el sonido de tus propios pies.

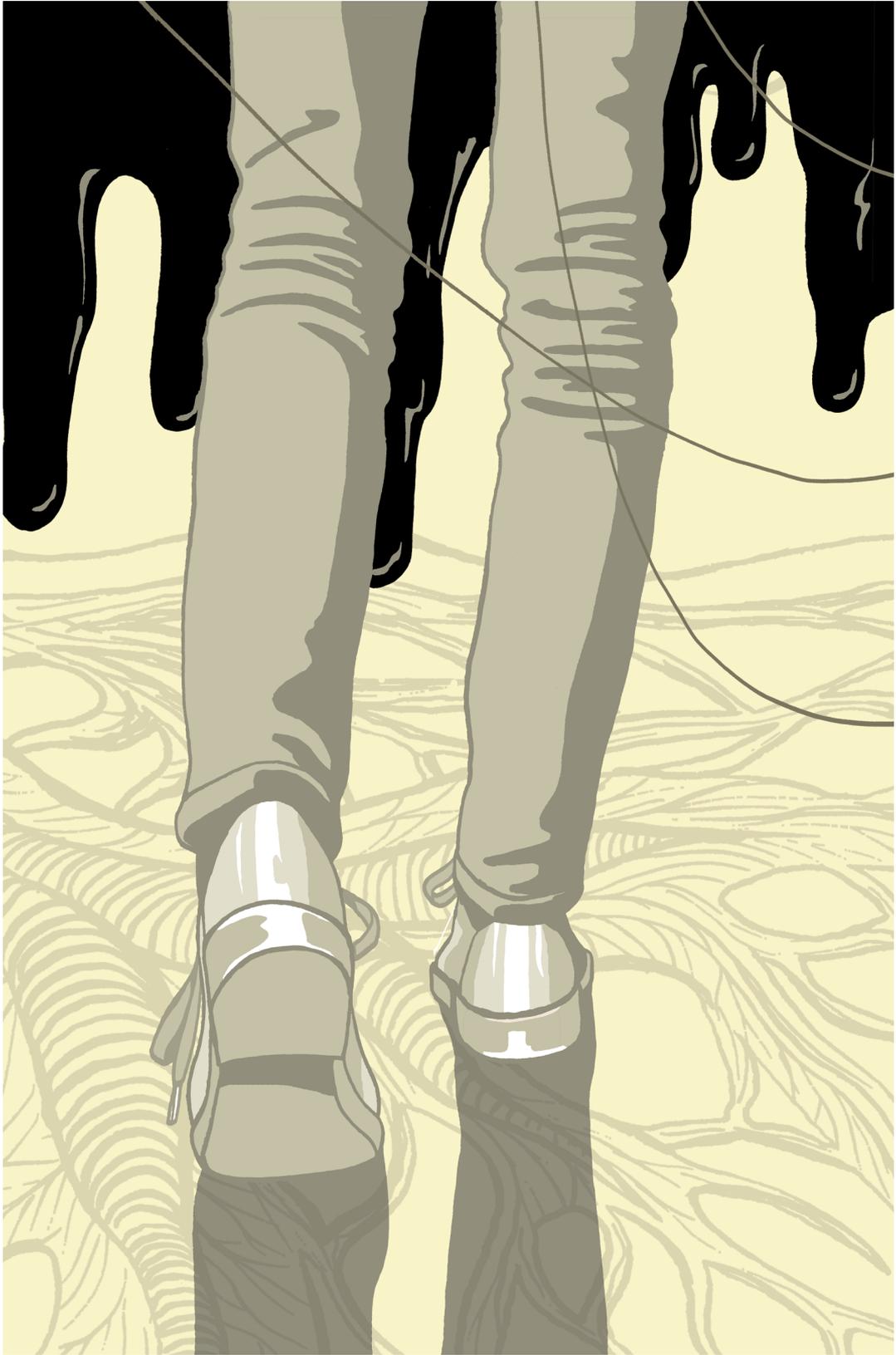
En el servicio de préstamo había una mujer desconocida que leía un grueso volumen. Era un libro apaisado, muy ancho. Daba la sensación de que estuviera leyendo la página derecha con el ojo derecho y la izquierda con el izquierdo.

—Disculpe —dije.

La mujer dejó el libro sobre la mesa con un pataplum y alzó el rostro hacia mí.

—Vengo a hacer una devolución —añadí, y deposité sobre el mostrador los libros que llevaba bajo el brazo. Uno era *Cómo se construye un submarino*; el otro, *Memorias de un pastor*.

La mujer levantó la tapa y comprobó la fecha de vencimiento. Por supuesto, estaba dentro de plazo. Yo cumplo puntualmente con fechas y horas. Porque es eso lo que mi madre siempre me dice que haga. Igual que los pastores. Si los pastores no respetaran las horas, las ovejas se volverían locas.



La mujer estampó con vigor el sello de «restituido» en mi tarjeta de préstamos y, acto seguido, reanudó la lectura.

—Busco un libro —dije.

—Baje las escaleras, a la derecha —dijo sin levantar la cabeza—. Siga recto. Sala número 107.

## 2

Bajé una larga escalera, giré a la derecha, avancé por un pasillo oscuro y, efectivamente, encontré una puerta donde figuraba una placa con el número 107. Había estado muchas veces en la biblioteca, pero esa era la primera noticia de que tuviera un sótano.

Aunque me había limitado a llamar con los nudillos de la manera más normal del mundo, un ruido siniestro retumbó por los alrededores, como si hubiera aporreado con un bate de béisbol las puertas del infierno. Estuve tentado de dar media vuelta y salir huyendo. Pero no escapé. Porque eso es lo que me han enseñado. Que, una vez has llamado a la puerta, has de esperar a que respondan.

Desde dentro me llegó un «adelante». La voz era grave, pero muy clara.

Abrí la puerta.

En la habitación había un escritorio pequeño y viejo y, sentado detrás, un anciano de baja estatura. Tenía el rostro

Haruki Murakami

cubierto de pequeñas manchas negras, como si una multitud de moscas pulularan sobre su piel. El anciano era calvo y llevaba unas gafas de lentes gruesas. Su calvicie no era completa; aquí y allá conservaba algún mechón. Unas greñas canosas se le pegaban a los lados de la cabeza como después de un incendio forestal.

—Bienvenido, jovencito —dijo el anciano—. ¿Qué desea?

—Busco un libro —dije con voz insegura—. Pero parece que está usted ocupado, así que ya volveré otro día.

—¡No, no! Sí, sí, es evidente que estoy ocupado —dijo el anciano—. Pero en esto consiste precisamente mi trabajo. Así que ¿cuál es el libro que desea que le busque? Usted dirá.

«¡Qué manera tan rara de hablar!», pensé. La cara del anciano no era menos inquietante que sus palabras. De las orejas le brotaban largos pelos. La piel le colgaba del mentón como si fuera un globo reventado.

—¿Qué tipo de libro busca usted, jovencito?

—Querría consultar algo sobre la recaudación de impuestos en el Imperio Otomano —dije.

Los ojos del anciano centellearon.

—¡Ah! Claro, claro. ¿Sobre la recaudación de impuestos en el Imperio Otomano, dice? ¡Ah! Un tema apasionante.



### 3

Me sentía sumamente incómodo. A decir verdad, no es que tuviera gran interés por la recaudación de impuestos en el Imperio Otomano. Es que al volver de la escuela se me había ocurrido de pronto, a raíz de no sé qué: «Ahora que lo pienso, ¿cómo harían para recaudar los impuestos en el Imperio Otomano?». Y a mí, desde pequeño, me han enseñado que, en cuanto haya algo que no sepa, debo correr a consultarlo en la biblioteca.

—Pero no se preocupe —dije—. No tiene tanta importancia. Además, es un tema muy especializado.

Yo quería abandonar sin dilación aquella habitación siniestra.

—¡No digas estupideces! —exclamó el anciano, enojado—. Aquí hay, como tiene que ser, montones de libros que versan sobre la recaudación de impuestos en el Imperio Otomano. Creo que lo que tú pretendes, jovencito, es burlarte de esta biblioteca.

—¡No, no! No tengo la menor intención de hacerlo —me apresuré a decir—. ¿Por qué habría de hacer yo una cosa semejante?

—Pues, entonces, quédate aquí quietecito y espera.

—Sí —dije.

Encorvando la espalda, el anciano se levantó de la silla, abrió una puerta de hierro que había al fondo de la habita-

ción y desapareció tras ella. Yo permanecí de pie unos diez minutos esperando el regreso del anciano. Una multitud de pequeños insectos negros recorría el interior de la pantalla de la lámpara con un rumor sordo.

Poco después apareció el anciano con tres gruesos volúmenes en los brazos. Los tres eran auténticas reliquias y un olor a papel viejo inundó la habitación.

—Aquí tienes —dijo el anciano—. *Los impuestos en el Imperio Otomano* y, también, *Diario de un recaudador de impuestos del Imperio Otomano* y otro más: *El movimiento contra el pago de impuestos en el Imperio Otomano y su represión*. ¿Qué? ¿Tenemos o no tenemos?

—Muchas gracias —dije educadamente. Tomé los tres libros y me dispuse a salir de la habitación.

—¡Eh! —gritó el anciano a mis espaldas—. ¡Espera un momento! Ninguno de esos tres libros puede salir de la biblioteca.

## 4

Efectivamente, en el dorso de cada uno de los libros había pegada una etiqueta roja que prohibía el préstamo.

—Quien desee consultarlos, debe hacerlo en el cuarto del fondo.

Miré el reloj de pulsera. Eran las cinco y veinte.



—Pero es que la biblioteca está a punto de cerrar y, además, si no vuelvo a casa antes de la hora de la cena mi madre se preocupará.

El anciano frunció las cejas dibujando una larga línea.

—La hora de cierre es irrelevante. Si digo que está bien, bien está. ¿O es que no aprecias mi amabilidad? ¿Para qué diablos crees que he acarreado hasta aquí estos tres libros tan pesados? ¿Eh? ¿Para hacer ejercicio?

—Lo siento mucho —me disculpé—. No pretendía causarle ninguna molestia. Es que no sabía que fueran libros excluidos de préstamo.

El anciano soltó una tos cavernosa y escupió una flema en un pañuelo de papel. A causa de la ira, las manchas de su rostro temblaban convulsas.

—No se trata de saber o no saber —dijo el anciano—. Yo, a tu edad, solo con poder leer ya era feliz. ¿Por qué me señalas que es tarde, que te retrasarás a la hora de la cena? ¿Cómo tienes la desfachatez de venirme con tales monsergas?

—De acuerdo. Me quedaré a leer solo media hora y me iré —dije. No me gusta negarme de manera tajante a algo—. Pero no voy a poder quedarme más. De verdad. Una vez, de pequeño, mientras andaba por la calle, me mordió un perro negro y, desde entonces, por poco que me retrase, mi madre se trastorna mucho.

La expresión del anciano se dulcificó un tanto.

—¿Leerás aquí antes de irte?

Haruki Murakami

—Sí. Leeré. Si solo son unos treinta minutos...

—Entonces, ven —me invitó el anciano. Tras la puerta nacía un sombrío corredor. Una bombilla a punto de fundirse emitía una luz vacilante.